

Madrugada en Svalbard

Daniel Serrano

Obra Ganadora del Premio Nacional de Dramaturgia Víctor Hugo Rascón Banda
2016

Personajes:

Amanda: 80 años

Pablo: 80 años

Gabriel: 38 años

Escenas

1. Vivir para siempre	2
2. Ella olvida.	7
3. Penúltima voluntad.	13
4. Celebrar	19
5. Detalles de la transferencia	25
6. Presuntas consecuencias de la transferencia	32
7. Motivos de divorcio	37
8. Svalbard	41
9. Síndrome de Wornack	46

1. Vivir para siempre

Gabriel y Amanda.

Gabriel.- Pongamos por ejemplo que de pronto encontramos la inmortalidad. ¿Dónde nos vamos a meter todos? ¿Cuál es el precio de esa inmortalidad? ¿De verdad queremos vivir para siempre? Y si vivimos para siempre, ¿no nos vamos a aburrir?

Amanda.- Le estás diciendo esto a una mujer de 80 años. ¿Tú crees que no lo he pensado muchas veces?

Gabriel.- Sí.

Amanda.- Sólo se puede pensar si a uno le gusta la vida.

Gabriel.- ¿Cómo estás?

Amanda.- Apegada. A la vida.

Gabriel.- Te ves muy bien.

Amanda.- Apegada. Me veo muy bien.

Gabriel.- Te extrañé.

Amanda.- Por eso tardaste tanto.

Gabriel.- Sí. Es una manera extraña.

Amanda.- Lo sé, por eso no ironizo.

Gabriel.- Entonces, si encontramos esa manera de vivir para siempre, ¿qué va a pasar con este mundo?

Amanda.- Se va a llenar.

Gabriel.- ¿Y entonces?

Amanda.- La gente se va a desesperar.

Gabriel.- ¿Y luego?

Amanda.- Va a haber suicidios.

Silencio.

Gabriel.- Llegamos a lo mismo.

Amanda.- No tan rápido. Debe de haber una rigurosa selección de la gente que tiene que vivir para siempre.

Gabriel.- ¿Y cómo?

Amanda.- La gente sin complejos, con la mente despierta, pero sobre todo, sin ganas de regresar a la infancia.

Gabriel.- Como tú.

Amanda.- Sí. Como yo.

Gabriel.- Eso puede ser trampa.

Amanda.- ¿Por qué?

Gabriel.- Porque te describiste.

Amanda.- ¿Y eso qué? De cualquier manera yo no voy a poner las condiciones.

Gabriel.- De cualquier manera eso no va a suceder.

Amanda.- Bueno, sucedió. En este momento. Mientras lo platicábamos. Y cuando tuviste conciencia, se esfumó. Así que habrá que buscarlo de nuevo.

Gabriel.- No todos podemos buscar esas cosas.

Amanda.- Déjame a mí.

Gabriel.- Te ves excelente.

Silencio.

Amanda.- Tengo Alzheimer. (*Pausa*) Es natural. (*Pausa*) Principios.

Gabriel.- Habrá quien quiera olvidar.

Amanda.- Habrá.

Gabriel.- ¿Quién te dijo?

Amanda.- ¿Esto?

Gabriel.- Que tienes Alzheimer.

Amanda.- Me doy cuenta.

Gabriel.- ¿Estás ironizando?

Amanda.- Ellos me dicen. Aunque yo me dé cuenta. Es evidente. Un escritor vive de sus recuerdos. Por eso los jóvenes son pésimos.

Gabriel.- Bueno, habría que ver los estudios.

Amanda.- ¡Son pésimos!

Gabriel.- No hablo de estudios literarios. Hablo de diagnósticos.

Amanda.- Los diagnósticos, el futuro. (*Breve pausa*) Lo bueno de tener Alzheimer es que, como no puedes vivir del pasado, vives del futuro. Y eso a mi edad, es una ventaja.

Gabriel.- Es muy pronto...

Amanda.- No tan pronto como yo quisiera.

Gabriel.- Tengamos más información para así poder saber...

Amanda.- ¡Qué frase! ¿Te das cuenta de que hablamos pésimo?

Gabriel.- ¿Eso a qué viene ahora?

Amanda.- Aunque hablar y escribir no es la misma cosa.

Gabriel.- No te heredé...

Amanda.- Es muy pronto para saberlo.

Gabriel.- Me refiero al talento. Para eso no es pronto.

Amanda.- A los padres no nos gusta que nos digan que los hijos no nos heredaron. Así sea un ojo tuerto, una manía extrema o acné genital.

Gabriel. Tal vez lo testaruda.

Amanda.- Bueno, eso puede ser mejor que... (*Pausa*) Se me olvidó.

Gabriel.- Seguramente podremos hacer algo.

Amanda.- Tengo mucho dinero.

Gabriel.- Tal vez no sea necesario.

Amanda.- Me aterra pensar que te puedo olvidar en cualquier momento. Me aterra incluso pensar que puedo olvidar todo aquello que he intentado olvidar durante tanto tiempo, y que ahora lo logre con una enfermedad sofisticada. Me aterra no poder olvidar por mi propia voluntad.

Gabriel.- Puede ser que estés confundida.

Amanda.- Confundida por los años. La línea entre la vejez y la enfermedad, es muy fina.

Gabriel.- Voy a hablar con el doctor, y hasta entonces podremos precipitarnos.

Amanda.- No hay tal precipicio.

Gabriel.- No me asustes, mamá.

Amanda.- Bueno, relájate.

Gabriel.- Le tengo que decir a mi papá.

Amanda.- ¡NO!

Silencio.

Gabriel.- Tienen cosas en común.

Amanda.- Sólo un hijo que ya se puede valer por si sólo. Así que no intentes que la enfermedad también sea algo en común.

Gabriel.- ¡Qué tontería!

Amanda.- ¿Qué?

Gabriel.- ¡Pues esto! ¿Qué más da? Pasaron 50 años juntos, y de pronto se divorcian de una manera absurda, y ahora que hay una oportunidad de reunirse de nuevo...

Amanda.- ¡Lo feliz que va a estar al enterarse que justamente no tiene ninguna obligación conmigo! ¡NO!

Gabriel.- ¡Habrase visto tal cosa!

Amanda.- Y mira que convertir una enfermedad mortal en una feliz oportunidad de reunirme con alguien con el que, después de 50 años, tuve el valor de tirarlo a la basura.

Gabriel.- ¿Qué dices?

Amanda.- (*Afirma*) ¡Es una manera elegante de decirlo!

Gabriel.- Eso ya pasó.

Amanda.- Pasado del que me voy a olvidar muy pronto. (*Breve pausa*) Creo que esas son las pequeñas manifestaciones de que Dios existe.

Silencio.

Gabriel.- Hablemos de lo que viene.

Amanda.- Tomarme una pastilla todos los días para no olvidar tan pronto, y ¡mira qué ironía!, No olvidar tomármela, porque si se olvida, entonces se van los recuerdos. Que no estoy tan segura de quererlos. Pero eso sí, la pastilla no se debe olvidar. (*Breve pausa*) Hay siete etapas. Yo estoy en la tercera. A veces se me olvida hasta cómo me llamo. Y lo más doloroso: No retengo como antes lo que leo. Ya no tengo la capacidad de organizar mi día para trabajar.

Gabriel.- Ya no tienes 15 años.

Amanda.- Me hicieron una entrevista médica detallada. Así le llaman ellos. Y sí.

Gabriel.- ¿Y los 80 años?

Amanda.- Eso es lo primero que me dijeron que me iban a decir. No es Alzheimer. Es edad. Y no sé qué sea mejor.

Gabriel.- Es mejor lo que no puedes evitar.

Amanda.- ¿Es mejor entonces la edad?

Gabriel.- Es mejor que estés bien.

Amanda.- Es mejor que no haga tantas preguntas.

Gabriel.- Tal vez.

Amanda.- Por lo menos tantas preguntas de mí misma.

Silencio.

Amanda.- ¿Cómo está Rebeca?

Gabriel.- Creciendo.

Amanda.- ¿Y tu esposa?

Gabriel.- ¿Mi esposa?

Amanda.- ¿Por qué te extraña?

Gabriel.- No me extraña. Lo que me parece muy curioso es que me preguntes por mi esposa, y no por María Laura.

Amanda.- ¿Cómo está María Laura?

Silencio.

Gabriel.- Ana.

Amanda.- ¿Cómo está Ana?

Gabriel.- Siempre la llamas Ana Laura.

Silencio.

Amanda.- No le digas a tu papá que tengo Alzheimer.

Fin de escena

2. Ella olvida.

Gabriel y Pablo, su padre.

Gabriel.- Mi mamá tiene Alzheimer.

Pablo.- ¿Qué?

Gabriel.- Ella dice.

Pablo.- ¿Cómo?

Gabriel.- Está en sus primeras etapas.

Pablo.- ¿Y qué dice el doctor?

Gabriel.- No he hablado con él.

Pablo.- ¿Conoces al doctor?

Gabriel.- Nada más lo he visto un par de veces.

Pablo.- Eso dice.

Gabriel.- ¿Ella?

Pablo.- Sí. Eso dice. Que tiene Alzheimer.

Gabriel.- ¿No le crees?

Pablo.- Tiene 80 años. ¿A los cuántos años puedes tener Alzheimer?

Gabriel.- ¿Eso qué tiene que ver?

Pausa.

Pablo.- Todas las noches escucho a un cocuyo.

Gabriel.- ¿Cómo suenan?

Pablo.- Los veo. ¿Qué dije?

Gabriel.- Que los escuchabas.

Pablo.- Quise decir que los veo. Y bueno, también los puedo escuchar porque los veo. Porque el sonido también viaja por la vista.

Gabriel.- ¿De dónde sacaste eso?

Pablo.- Y si les buscamos chichis a las hormigas, podemos poner una tienda de lencería para insectos.

Gabriel ríe.

Pablo.- Apuesto lo que quieras a que no tiene nada.

Gabriel.- Nunca fue quejumbrosa.

Pablo.- ¿Sabes qué pienso cuando veo los cocuyos? ¿Cuándo se dejan venir en bola desde las faldas de ese cerrito? Que no teníamos necesidad de estar cada uno por su lado. La única necesidad que debe tener una pareja cuando se hace viejo, es la necesidad de la compañía. No hay que pedir comprensión. Del sexo ni hablamos. No hay que pedir entusiasmo, ni tampoco medida. Sólo hay que pedir compañía. A mí, aquí, me acompañan los cocuyos, los aullidos de los coyotes. A ella le tiene que acompañar una enfermedad. Pero no tiene nada.

Gabriel.- A lo mejor quiere que vuelvas.

Pablo.- La peor compañía es la de la enfermedad, pero no porque sea una tragedia.

Gabriel.- Lo es.

Pablo.- Pero también es una muy buena oportunidad de atraer a la compañía.

Gabriel.- Chantaje.

Pablo.- ¡Exacto!

Gabriel.- ¿Y si fuera verdad?

Pablo.- Ya me animé.

Gabriel.- ¿Cómo?

Pablo.- Ya me animó ella, mejor dicho. A estar aquí. A estar solo. A lo mejor si tu mamá no me hubiera dado una patada en el culo, yo no estuviera aquí tan a gusto. ¡Y mira que sigo convencido que lo mejor es estar en compañía!

Silencio.

Pablo.- ¿Qué piensas hacer? (*Pausa*) Tienes que saber el diagnóstico.

Gabriel.- No es nada más mi problema.

Pablo.- Yo desde aquí lo asumo.

Gabriel. ¡Qué cómodo!

Pablo.- ¿Qué quieres que haga?

Gabriel.- Que lo asumas.

Pablo.- Desde aquí.

Gabriel.- Que vayas.

Pablo.- ¿Para qué?

Gabriel.- Fueron muchos años.

Pablo.- Eso lo debió pensar antes.

Gabriel.- ¡Está cabrón!

Pablo.- (*Alza la voz*) ¡A ver! Párate ahí. Toda la vida decidieron por mí, y ahora que a mis 80 años quiero decidir yo, pues resulta que no se puede, porque el amor de mi vida se olvidó de mí antes de que le diera Alzheimer. ¡Lo peor que le puede pasar a un hombre es que el amor de su vida lo olvide antes de que a ella le dé Alzheimer!

Gabriel.- No es para tanto...

Pablo.- (*Interrumpe*) ¡Imagínate! Ni siquiera hay el pretexto de que le dio Alzheimer!

Silencio.

Gabriel.- Voy a hablar con ella.

Pablo.- ¿Para qué?

Gabriel.- Tiene que ceder.

Pablo.- ¿Ella?

Gabriel.- Sí.

Pablo.- ¿Ya ves?

Gabriel.- ¿Qué?

Pablo.- Ni siquiera eso me reconocen. ¡El que no está cediendo, por primera vez en su vida, soy yo!

Silencio.

Pablo.- Mira como se van acercando, lo hacen una y otra vez, de la misma manera. Parece que lo hubieran practicado muchas veces.

Gabriel.- Y el que parece líder es el más majestuoso.

Pablo.- ¿Qué tiene?

Gabriel.- ¿Cuánto tiempo duran?

Pablo.- Son los pájaros más chicos que existen. ¿Sabías?

Gabriel.- Sí.

Pablo.- ¿Qué tiene?

Gabriel.- Si mal no recuerdo, el colibrí gigante mide apenas 25 centímetros.

Pablo.- Pueden vivir fácilmente 5 años.

Breve Silencio.

Gabriel.- Se va a morir pronto.

Pablo.- Anoche cayó la primera equipata.

Gabriel.- ¿Se mojó la alfalfa?

Pablo.- Aunque se hubiera mojado. Ya hacía falta.

Gabriel.- Hay una manera de solucionarlo.

Pablo.- A más tardar mañana en la tarde va a estar lista la tranca, para que se pueda llenar el tambo.

Gabriel.- ¿No se cae?

Pablo.- Ahorita sí. Pero una equipata no lo tumba. Y faltan todavía varias, antes del aguacero.

Gabriel.- Deberías de vender.

Pablo.- ¿Cómo lo solucionamos?

Gabriel.- No faltará quien quiera.

Pablo.- Alguien lleno de nostalgia, porque estas tierras ya se secaron.

Gabriel.- Con una transferencia.

Pablo.- Tenía entendido que el Alzheimer no puede ser transferido.

Gabriel.- No hay peor lucha que la que no se hace.

Pablo.- Soñé con una jauría de pitbulls. Que yo era uno de ellos, e iba en medio, y perseguíamos a unos bebes, que gateaban rapidísimo. Eso los hacía verse terribles. Parecían monstruos. Fíjate que sencillo: Cámbiale una característica a un angelito, y lo puedes convertir en un demonio.

Gabriel.- ¿Qué pasó?

Pablo.- No lo sé.

Gabriel.- Entre ustedes. Después de 50 años.

Pablo.- La vida es corta. Después de los 80, hay que exprimirla.

Gabriel.- ¿Entonces?

Pablo.- No los alcanzamos nunca. Los bebés nos dieron vuelta, y de pronto ellos nos iban persiguiendo a nosotros, los pitbulls.

Gabriel.- ¿Cuánto tiempo viven los pitbulls?

Pablo.- Tres veces más que los colibrís.

Gabriel.- El divorcio a los 75 años es una especie en extinción.

Pablo.- Malamente.

Gabriel.- No sé qué vamos a hacer.

Pablo.- ¿Todavía tiene dinero?

Gabriel.- Sí.

Pablo.- Pues eso. Transferir.

Gabriel.- ¿A su edad?

Pablo.- ¿Qué tiene?

Gabriel.- Es ilegal.

Pablo.- ¿Tiene dinero?

Gabriel.- Sí.

Pablo.- Creo que voy a desistir de comprar el pitbull.

Gabriel.- Me da gusto.

Pablo.- Sospecho que no le voy a encontrar ningún motivo por el cuál recordarlo.

Gabriel.- Y ese es motivo suficiente.

Pablo.- Claro.

Silencio.

Pablo.- También me puedo comportar como un viejo mezquino, y aceptar la transferencia yo mismo.

Gabriel.- ¿Cómo?

Pablo.- Se puede ser mezquino con uno mismo.

Gabriel.- La vi muy bien. A pesar de la enfermedad. Claro, va iniciando, pero muy bien.

Pablo.- Así va a estar. No he conocido a alguien que enfrente los problemas con tal clase.

Gabriel.- Aunque esto no es una cuestión de clase.

Pablo.- En cierto modo sí. Cuando nos divorciamos, fue la clase la que se impuso. La de ella, por supuesto, y eso me hizo tener clase a mí.

Gabriel.- Esa fue la ganancia.

Pablo.- Entre otras cosas.

Gabriel.- ¿Quién tomó la decisión?

Pablo.- ¿No te contó?

Gabriel.- No.

Pablo.- Dile.

Gabriel.- ¿Qué?

Pablo.- Que te cuente.

Fin de escena.

3. Penúltima voluntad.

Amanda y Gabriel

Gabriel.- Cuéntame.

Amanda.- Tengo mucho dinero.

Gabriel.- Eso no.

Amanda.- ¿Por qué?

Gabriel.- ¿Para qué?

Amanda.- Para la transferencia.

Gabriel.- Nunca se ha hecho una transferencia de Alzheimer.

Amanda.- Mejor.

Gabriel.- No tenemos antecedentes.

Amanda.- Mejor.

Gabriel.- No sabremos si se podrá.

Amanda.- Pues vamos averiguándolo. Yo no quiero olvidarte.

Gabriel.- Seré lo único que tendrás presente.

Amanda.- Tu forma de Pitbull.

Gabriel.- Soñé con una jauría de pitbulls. Yo iba entre ellos. Corríamos tras una jauría de niños, que gateaban a una velocidad impresionante. Eran horribles. Sabíamos que los teníamos que alcanzar, pero no sabíamos el por qué. Pero en cada cierto tramo de camino, caía un pitbull. De mil que éramos, terminamos tres. Y los bebes-galgos se multiplicaban. Hasta que entendimos que no se podrían detener, y nos regresamos llorando...

Amanda.- ¿A dónde?

Gabriel.- ¿A dónde qué?

Amanda.- ¿A dónde se regresaron?

Gabriel.- A la realidad.

Amanda.- Y entonces esa fue la parte dolorosa.

Gabriel.- (*Sonríe*) No cambias.

Amanda.- Esa es la parte del Alzheimer dolorosa. Cuando se regresa a la realidad.

Gabriel.- ¿Entonces por qué quieres curarte?

Amanda.- Porque lo diverso, lo diferente, da terror.

Gabriel.- Voy a buscar a alguien.

Amanda.- Gracias.

Gabriel.- Sólo tengo que caminar por los bordes de la ciudad.

Amanda.- ¿Y eso?

Gabriel.- Para encontrar a alguien para la transferencia.

Amanda.- Tengo dinero...

Gabriel.- Así de fácil...

Silencio.

Amanda.- Todas esas listitas ridículas que hacen los viejitos de lo que hay que hacer antes de morirse...

Gabriel.- (*Interrumpe*) Pero tú no te vas a morir.

Amanda.- Supongamos que sí.

Gabriel.- (*Divertido*) ¿Te parecen ridículas?

Amanda.- Deberían conformarse no con hacer, sino con no hacer.

Gabriel.- ¿Cómo?

Amanda.- (*Divertida*) No hacerse en los pantalones, por ejemplo.

Ríen. Silencio.

Amanda.- Yo no voy a hacer esa listita.

Gabriel.- Es tu decisión.

Amanda.- Gracias. (*Silencio*) Yo sólo quiero hacer una cosa antes de morirme.

Gabriel.- ¿En qué quedamos?

Amanda.- Me voy a morir. Y como todo lo que hago, lo hago muy bien, me voy a morir muy bien.

Gabriel.- ¡Qué modesta!

Amanda.- También, porque esto es aquí entre nos.

Gabriel.- De aquí no sale.

Amanda.- No me trates como viejita.

Gabriel.- Eso ya me lo dijiste.

Amanda.- Pero no lo entendiste. Eso de que de aquí no sale...

Gabriel.- Está bien, está bien...

Amanda.- (*Lo interrumpe*) ¡Hasta allí! Nada de hablarme con ese tonito chipilón.

Silencio.

Amanda.- Quiero cometer un delito.

Gabriel.- ¿Qué?

Amanda.- Antes de bien morirme.

Gabriel no acierta a decir nada.

Amanda.- En lugar de listitas, quiero cometer un delito.

Silencio.

Amanda.- ¿Qué tienes?

Gabriel.- Me dejaste mudo.

Amanda.- Me podrías ayudar.

Gabriel.- ¡No, yo no!

Amanda.- A escogerlo.

Gabriel.- ¿Qué?

Amanda.- ¿Estás menso o qué? ¡El delito! De eso estamos hablando.

Gabriel.- ¡No cuentes conmigo! ¡Y no me digas que salí a mi papá!

Amanda.- De todos modos.

Gabriel.- ¡Ya lo sé!

Amanda.- De todos modos lo voy a cometer.

Gabriel.- ¡Estás loca!

Amanda.- En esta vida hay que sembrar un árbol, tener un hijo, escribir un libro... ¡y cometer un delito!

Gabriel.- ¿De dónde sacaste eso?

Amanda.- Ya te tuve, ya escribí muchos libros, y lo del árbol se hace en cinco minutos.

Gabriel.- ¿Y si nos calmamos?

Amanda.- Yo estoy calmada.

Gabriel.- ¡Pensemos, pues!

Amanda.- Estoy pensando.

Gabriel.- ¡No! ¡No estás pensando!

Silencio.

Gabriel.- ¿Qué clase de delito?

Amanda.- ¿De cuáles hay?

Gabriel.- ¡No sé! ¡No he consultado el catálogo todavía!

Amanda.- ¡Pues averígualo!

Silencio.

Gabriel.- Ya me voy.

Amanda.- Me acaba de llegar.

Gabriel.- ¿Cómo?

Amanda.- Mira. (*Le extiende un libro*) Cómo regresar tu Pitbull a su madriguera.

Silencio.

Amanda.- Si no quieres, no digas nada.

Gabriel.- Felicidades.

Amanda.- Está dedicado.

Gabriel.- Gracias.

Amanda.- ¿De veras?

Gabriel.- Sí... Gracias.

Amanda.- He estado leyendo mucho.

Gabriel.- Como siempre, ¿no?

Amanda.- Sobre el Alzheimer. Leí cómo Terry Pratchett escribió 100 veces la misma página. Durante 100 días. Recordaba perfectamente bien ese pasaje de su novela, pero se le olvidaba que ya lo había escrito.

Gabriel.- ¿Quién?

Amanda.- ¿Te imaginas lo que me espera?

Gabriel.- ¿De qué trata?

Amanda.- ¿Qué?

Gabriel.- El libro.

Amanda.- ¿Cuál libro?

Gabriel.- El tuyo. “¿Cómo regresar tu pitbull a su cueva?”

Amanda.- A su madriguera.

Gabriel. Eso.

Amanda.- De cómo envejecer con dignidad.

Silencio.

Amanda.- ¿No me vas a preguntar lo de siempre?

Gabriel.- ¿Qué esperas de él?

Amanda.- Gracias. Ahora no te voy a contestar como si fueras periodista famoso.

Silencio.

Gabriel.- ¿Entonces?

Amanda.- ¿Qué?

Gabriel.- ¿Qué esperas?

Amanda.- ¿De qué?

Gabriel.- Del libro. ¿Se te olvidó?

Amanda.- Claro que no.

Gabriel.- Eso es por los 80 años.

Amanda.- Me distraje.

Gabriel.- Habrá que envejecer con dignidad.

Amanda.- Cuando dices habrá... ¿Te refieres a mí?

Gabriel.- ¿Quién es el target del libro?

Amanda.- Los ancianos.

Gabriel.- ¿Entonces qué esperas del libro?

Amanda.- ¡Que lo lea tu papá!

Fin de escena.

4. Celebrar

Pablo y Gabriel

Pablo.- Le pregunté que de qué se trataba, y se enfureció.

Gabriel.- ¿Por qué?

Pablo.- Porque no los leía.

Gabriel.- ¿Por qué?

Pablo.- Porque me aburría. ¿A ti no?

Silencio.

Pablo.- (*Risueño*) Se va a infartar cuando se entere.

Gabriel.- ¿De qué?

Pablo.- De que tú tampoco la lees.

Gabriel.- Tiene muchos lectores. ¡Es una best-seller!

Pablo.- ¿Y tú?

Gabriel.- No se va a enterar.

Pablo.- ¿Entonces sí la lees? ¡Porque yo esos secretos no los puedo guardar! Son muy grandes para mi pecho.

Gabriel.- ¿Serías capaz?

Pablo.- ¡Por supuesto! Contra ella soy capaz de todo.

Gabriel.- Duraron 50 años.

Pablo.- Y fue justamente cuando los cumplimos que yo le propuse hacer una locura para festejar.

Gabriel.- ¿Y?

Pablo.- ¿Quieres saberlo?

Gabriel.- Sí.

Pablo.- Me propuso el divorcio.

Silencio.

Gabriel.- ¿A eso te referías?

Pablo.- No.

Gabriel.- Es una locura.

Pablo.- Pues sí. Pero hay de locuras a locuras. ¿No podríamos pensar en lanzarnos en paracaídas a *La Bufadora*, por ejemplo? ¿Montar toros salvajes? ¿Ir a un balneario lleno de niños y meternos desnudos? ¿Y luego apelar a que tenemos Alzheimer y que se nos olvidó ponernos el traje de baño?

Gabriel.- ¡Es una locura!

Pablo.- ¿Y qué sacábamos con eso? ¡Divertirnos! Se trataba de hacer una locura divertida. ¡Porque también hubiera sido una locura jugar a la ruleta rusa! ¡O suicidarnos con venenito muy a gusto, así, sin dolor, muy rico.

Gabriel.- Ya conseguí a alguien.

Pablo.- ¡Y ella me dice que se quiere divorciar!

Silencio.

Pablo.- Así como ahorita tú, así me quedé yo, pasmado. “¿A poco no te parece una locura?”, me dijo. Y yo seguí pasmado. “Imagínate lo que van a decir de nosotros, que a nuestra edad tuvimos los tanates para divorciarnos”.

Gabriel.- ¿Ella dijo “tanates”?

Pablo.- “Y entonces pensarán que tenemos la vida por delante”.

Gabriel.- ¿Quién va a pensar?

Pablo.- Eso dijo ella. ¿Pues quién chingados va a pensar eso viendo al par de viejos ridículos? ¡Nadie!

Gabriel.- Pero ella ve...

Pablo.- (*Lo interrumpe*)... ¡la vida de otra manera! Eso me lo dijo muchas veces. ¡Y yo le dije que no!

Gabriel.- ¿Y entonces? ¿Por qué se divorciaron?

Pablo.- Me cansé de decirle que no. Le seguía diciendo que no mientras yo mismo firmaba el acta de divorcio.

Silencio.

Pablo.- Y no. Nunca dijo “tanates”. Esa podría haber sido una locura en ella. Que dijera “tanates”.

Gabriel.- ¿Con eso te hubieras conformado?

Pablo.- Tal vez sí. Con una retahíla de peladeces, así, sin respirar, a gusto, que salgan. Así de fácil, o así de complejo como el venenito. ¿No te parece una muy buena oportunidad cumplir 50 años de casados para hacer algo totalmente diferente?

Gabriel.- ¿Te molestaba su sofisticación?

Silencio.

Pablo.- Gracias...

Silencio.

Gabriel.- ¿Por qué?

Pablo.- Por preguntar.

Silencio.

Pablo.- No. No me importaba. Muchas veces, jugando dominó, la presumía.

Gabriel.- ¿De veras? Pero si tus amigos en su vida han leído un libro.

Pablo.- Nomás de verla. Estaba para presumirse. Nomás de verla.

Gabriel.- (*Sonriendo*) No lo puedo creer...

Pablo.- Y yo sólo quería una locura... Y ella me la concedió.

Gabriel.- Tengo ganas de abrazarte.

Pablo.- ¿Tú crees que ahora me importa que se vaya a morir?

Gabriel.- No se va a morir.

Pablo.- ¿A ti sí te importa?

Gabriel.- Sí.

Pablo.- ¿O vas a hacer como que te duele?

Gabriel.- Ya conseguí a alguien.

Pablo.- ¿Qué?

Gabriel.- Conseguí a alguien para la transferencia.

Pablo.- Pues qué bueno.

Gabriel.- Quiero saber tu opinión.

Pablo.- (*Irónico*) Sigues enterneciéndome.

Gabriel.- Es en serio.

Pablo.- ¿Qué quieres que te diga?

Silencio.

Pablo.- ¿Buscas mi aprobación? ¿O mi opinión?

Gabriel.- Las dos cosas.

Pablo.- ¿Quién es?

Gabriel.- Un drogadicto.

Pablo.- ¿Cuántos años tiene?

Gabriel.- No sé...

Pablo.- ¿Cuántos aparenta?

Gabriel.- No sé, tal vez cuarenta.

Pablo.- ¡Que jodidez!

Gabriel.- ¿Qué?

Pablo.- Esa es mi opinión.

Gabriel.- ¿Eso es todo?

Pablo.- Si aparenta cuarenta, tiene por lo menos 30, es drogadicto.

Gabriel.- Tal vez.

Pablo.- ¿No le preguntaste? (*Pausa*) ¿No averiguaste si tiene familia? ¿Si está casado? ¿Si tiene mamá? ¿Si tiene hijos? ¿Si tiene alguien que lo llore? ¿Qué clase de cabrón eres? ¿De dónde sacaste toda esa estupidez? ¿En cuánto tiempo lograste acumular tanta pendejez? (*Pausa*) A los padres no nos gusta que nos digan que los hijos no nos heredaron. Por eso me duele.

Gabriel.- Tiene 25 años, es homosexual, por lo tanto no tiene hijos, no conoció a sus padres, y dice que lo único a lo que aspira, es alguna vez casarse con su novio. Y ya. Después morirse. Le ofrecí cien mil pesos.

Pablo.- ¿Buscaste un homosexual?

Gabriel.- Fue una coincidencia.

Pablo.- ¿Le explicaste?

Gabriel.- ¿Qué?

Pablo.- Que se va a morir.

Gabriel.- No necesariamente.

Pablo.- ¿Y por eso no le explicaste?

Gabriel.- ¿Estás en contra?

Pablo.- ¿Querías mi opinión?

Gabriel.- Sólo quiero que sepas.

Pablo.- Pues ya me enteré.

Silencio.

Gabriel.- Algún motivo tendría que haber.

Pablo.- El Alzheimer.

Gabriel.- Para separarse.

Silencio.

Pablo.- Cuéntale. A lo mejor se apiada de ti y de ese joven. A lo mejor sirve de algo esa falsa militancia izquierdista. A lo mejor ya no es tan falsa, y la hace auténtica. ¿Por qué a los escritores les gusta la izquierda? ¿Será porque les gusta la fantasía? ¿Por qué no pueden trabajar y soñar al mismo tiempo?

Gabriel.- ¿Estás diciendo que no trabajan?

Pablo.- ¿Ya renunciaste?

Gabriel.- ¡Nunca!

Pablo.- Ahora sólo te falta militar.

Gabriel.- ¡Estás insoportable!

Pablo.- ¿Ese muchacho es comunista?

Gabriel.- (*Gritando*) ¡No sé! ¡No le pregunté!

Pablo.- Pues deberías. A ella le va a importar esa parte.

Gabriel.- ¿Entonces fue un problema de ideales?

Pablo.- ¿Qué?

Gabriel.- ¿Por eso te dejó?

Pablo.- ¿Y crees que me importa a estas alturas que lo digas así?

Gabriel.- Tú llegaste a esto. Yo sólo quería saber tu opinión.

Pablo.- Pues mi opinión es que es una chingadera lo que van a hacer tú y tu mamá.

Gabriel.- ¿Porque se va a apiadar de mí?

Pablo.- Porque no vas a poder vivir con ese cargo de conciencia.

Gabriel.- No seas dramático.

Pablo.- Yo me voy a encargar de recordártelo.

Fin de escena.

5. Detalles de la transferencia

Amanda y Gabriel

Gabriel.- El lugar era como un pequeño horno, lleno de humo y de clandestinidad... Pero sólo jugábamos dominó. Era como una madriguera. Y hablábamos de cosas de hombres mientras apostábamos la vida pero nada más por esa noche. Somos tan inofensivos, que lo mejor que hacemos en la clandestinidad, es no esconder nuestra ñoñez. También hablamos de mujeres bellas...

Amanda.- Hablaron de mí.

Gabriel.- Me preguntaron por ti.

Amanda.- Por mis caderas grandes.

Gabriel.- Que cómo estabas.

Amanda.- Por mi Alzheimer.

Gabriel.- No les he dicho. Es una fascinación que tienen por la famosísima escritora Amanda De Mendoza. Dicen que les gusta la sonoridad de tu nombre, y la sonoridad de tu voz. Por lo menos hay dos de ellos que les gustaría pasar la noche contigo.

Amanda.- No estaría mal, aprovechando que se me va a olvidar.

Gabriel.- Ellos no tienen idea de cuánto te quiero.

Amanda.- Yo tampoco... Y tú menos.

Gabriel.- Les dije que estabas a punto de publicar tu nuevo libro.

Amanda.- ¿Se interesaron?

Gabriel.- Horacio me volteó a ver, interesado.

Amanda.- ¿Cuál es Horacio? ¿El moreno?

Gabriel.- El gordo.

Amanda.- ¿Y el moreno?

Gabriel.- ¿Qué tiene?

Amanda.- ¿Se interesó?

Gabriel.- No sé.

Amanda.- ¿Cómo se llama?

Gabriel.- ¿Eugenio?

Amanda.- ¿Se interesó?

Gabriel.- Algo dijo. No lo registré. Algo sin importancia.

Amanda.- ¿Y cómo sabes?

Gabriel.- Porque no se me hubiera olvidado.

Amanda.- O sea que tu conclusión es que las cosas importantes no se olvidan...

Gabriel.- ¿De dónde sacas eso?

Amanda.- De lo que me dices.

Gabriel.- No, nunca dije eso.

Amanda.- La literalidad de los hombres.

Gabriel.- ¿Eso qué tiene que ver?

Amanda.- En realidad cuando te pregunté que si cómo sabías, me refería a esa parte de que por lo menos dos de ellos quisieran pasar la noche conmigo... No será el gordo, ¿verdad?

Gabriel.- Yo no dije eso.

Amanda.- ¿Cómo no?

Gabriel.- ¿Te sientes bien?

Amanda.- ¡No me friegues así!

Gabriel.- Eres mi mamá.

Amanda.- ¿Y?

Gabriel.- ¿Cómo crees que voy a decirte eso?

Amanda.- ¿Por qué no?

Gabriel.- Porque además ellos no se atreverían a decírmelo.

Amanda.- ¿Y cómo saber cuáles son las cosas importantes y las cosas no importantes?

Gabriel.- ¿Qué dices?

Amanda.- Habrá que decidir qué es lo que se me va a olvidar. Por ejemplo, si las cosas importantes no se me van a olvidar, ¿qué tan importante es comer? ¿O ir al baño?

Gabriel.- ¿Para ti?

Amanda.-La que tiene Alzheimer soy yo, no tú. Así que vamos a ver la posibilidad de “re-categorizar” las cosas menos importantes.

Gabriel.- Estábamos hablando...

Amanda.- ¿Del Gordo?

Gabriel.- No se te olvidó.

Amanda.- Eso no significa que sea importante.

Gabriel.- ¿El Gordo?

Amanda.- Ni siquiera el Moreno.

Gabriel.- ¡Caray!

Amanda.- ¿Qué pasa?

Gabriel.- Te gusta confundirme.

Amanda.- Hijo de tigre, pintito. Naciste confundido.

Gabriel.- Tú eres muy lúcida.

Amanda.- Lo digo por tu papá. (*Breve pausa*) ¿Quién es él? (*Breve pausa*) A ti no te recuerdo, sólo confío en ti. Sé que eres mi hijo porque tú me lo dices. ¿Qué necesidad tendría alguien de decir que es mi hijo sin serlo? Pero a mí me angustia mucho no recordar los que soñé anoche, aunque se me olvide dormir. Me angustia mucho no recordar cuál es mi canción favorita. ¿Tú sabes? No me digas. Mejor ponme muchas canciones, entre ellas pon mi favorita. Quiero descubrirla entre el montón de canciones. Tampoco recuerdo cuál es mi comida favorita. No sé qué comida no me gusta. ¿Tengo que probar todas las comidas para saber cuál me gusta y cuál no? No recuerdo mi perfume favorito. Tampoco recuerdo mucho a quién amo y a quién no. No sé a quién odio. Quién me cae mal. No sé quién me simpatiza... Se me olvida dormir... Se me olvida, ¡el colmo! mi género literario favorito. Tengo la sensación de que me gusta el teatro y de que odio la poesía. ¿Eso significará que escribo narrativa? Olvido las reglas de acentuación. No pude saber el otro día a qué se referían cuando me preguntaban por la esdrújula.

Silencio.

Gabriel.- Ya lo conseguí.

Amanda.- ¿A quién?

Gabriel.- Para la transferencia.

Amanda.- ¿Cómo va a funcionar?

Gabriel.- No duele. Los van a conectar a una máquina, y luego la enfermedad, lentamente, cuestión de unos días, se va a trasladar de cuerpo. De tal manera que vas a sentir una leve mejoría.

Amanda.- Supongo.

Gabriel.- Al final del tratamiento ni te vas a acordar.

Amanda.- ¿Lo dices literalmente? ¿O es una metáfora? Porque si lo dices literalmente, el tratamiento entonces no funciona. ¡De lo que se trata es de que no se me olviden las cosas!

Gabriel.- Es figurado.

Amanda.- ¡Pues figúrate! (*Breve pausa*) ¿Hay efectos secundarios?

Gabriel.- No que yo sepa.

Amanda.- Tú no eres doctor.

Gabriel.- Pregunto.

Amanda.- ¿Qué falta?

Gabriel.- Estudios de rutina.

Amanda.- ¿Qué más?

Gabriel.- Pagar.

Amanda.- ¿Cuánto?

Gabriel.- Es caro.

Amanda.- ¿Puedo pagarlo?

Gabriel.- Supongo.

Amanda.- ¿Cuánto?

Gabriel.- Alrededor de ciento cincuenta.

Amanda.- ¿De ciento cincuenta qué?

Gabriel.- Ciento cincuenta mil dólares.

Pausa.

Amanda.- ¿Yo tengo ese dinero?

Gabriel.- Sí... ¿No?

Amanda.- ¿Cómo sabes?

Gabriel.- Supongo.

Amanda.- Yo lo veo.

Gabriel.- ¿No los tienes?

Amanda.- Yo lo veo.

Gabriel.- Necesitamos tomar una decisión rápida.

Amanda.- ¿Quiénes necesitamos?

Gabriel.- Nosotros... Tú, yo.

Amanda.- Y tu papá.

Gabriel.- No necesariamente.

Amanda.- ¿El no sabe?

Gabriel.- ¿Te importa?

Amanda.- Tenemos que hablar.

Gabriel.- ¿Te busco una cita?

Amanda.- Me refiero a ti y a mí. No quiero una cita, ¡ahora resulta!, y tampoco me interesa lo que piense de la transferencia.

Gabriel.- ¡No hay manera!

Amanda.- Vamos a dividirnos las tareas.

Amanda toma un par de pastillas de un frasco. Las ingiere.

Amanda.- Tú te encargas de los efectos secundarios, yo me encargo del dinero.

Gabriel.- ¿Te sientes bien?

Amanda.- Dolores de cabeza... Dice el doctor que es usual en mi estado. Y yo le pregunto a que se refiere con "mi estado". Él me dice todo el tiempo "tu estado", nunca dice, "tú enfermedad"... Como si fuera malo llamarla "enfermedad"... Y yo quiero que me la repita muchas veces para que no se me olvide su nombre. Me dice que tengo que hacer mucho ejercicio mental, yo le digo que lo hago todo el tiempo, cuando escribo. ¿Sabes que esa es una ventaja en los escritores? Por eso llegamos a viejos tan plenos. Por eso esta maldita enfermedad no me va a ganar. Por eso... ¡me duele la cabeza!... (*Ve fijamente a Gabriel*) ¿Te podrías retirar?

Gabriel.- Claro que sí. Sólo quiero decirte que él está muy dispuesto.

Amanda.- (*Sin verlo*) ¿Quién? ¿Mi hijo? (*Breve pausa. Lo voltea a ver*) Perdón... Fue un lapsus sin importancia.

Gabriel.- Tienes que aprender que de ahora en adelante todos los lapsus tienen importancia.

Amanda.- ¿Puedo conocerlo? ¿O es mujer?

Pausa.

Amanda.- Tienes que aprender a no poner cara de que no tienes la menor idea de lo que estoy diciendo. Me refiero a la persona que recibirá la transferencia.

Gabriel.- No.

Amanda.- ¿No qué? ¿No puedo conocerlo?

Gabriel.- No. Las reglas no lo permiten.

Amanda.- ¡Qué interesante! ¡Hay reglas!

Gabriel.- Como en todo.

Amanda.- En todo no hay reglas. Si no, no fuera todo.

Gabriel.- Son reglas y ya.

Amanda.- ¿Y qué dicen?

Gabriel.- No puedes conocer al “transferido”.

Amanda.- ¡Qué poco elegante!

Gabriel.- ¿Qué?

Amanda.- ¿Así lo llaman? ¿El transferido?

Gabriel.- No lo puedes conocer.

Amanda.- Para no tener remordimientos.

Gabriel.- ¡No lo sé!

Amanda.- ¿Y no se puede arreglar la regla?

Gabriel.- Es para que no tengas remordimientos de conciencia.

Amanda.- Y tal vez para que no haya reclamos. Imagínate que el “transferido” me diga después: “Siempre no. Aquí está tu enfermedad”. O mejor aún: “aquí está tu estado”. ¿Y qué tal que con los efectos de su ahora Alzheimer no se acuerda qué enfermedad le transferí, y resulta que me pasa su cáncer de próstata.

Gabriel.- ¡Mamá!

Amanda.- ¿Ni siquiera puedo bromear? ¿O eso también se olvida?

Gabriel.- Tienes que tomar una decisión.

Silencio.

Amanda.- Y en esas tan mencionadas reglas... ¿Está bien que una anciana de 80 años le pase su enfermedad a un joven?

Gabriel.- No es tan joven.

Amanda.- ¿Está bien?

Gabriel.- Hay excepciones.

Amanda.- ¡Qué maravilla!

Gabriel.- ¿Quieres o no?

Amanda.- ¿Tengo más opciones?

Gabriel.- No.

Amanda.- (*Afirma*) Tengo más opciones. Y la primera es que tengo que pensarlo muy bien. Así, este cerebro tan atrofiado, hará justamente una excepción, para estar seguros de que tengo que someterme a esa transferencia...

Gabriel.- ¡Como quieras!

Gabriel camina hacia la salida. Se detiene. Se regresa.

Gabriel.- Si tienes tanto odio hacia mi papá, ¿por qué todavía usas la argolla matrimonial?

Amanda.- Para que no se me olvide...

Gabriel.- ¿Quieres acordarte?

Amanda.- (*Se quita la argolla para enseñarle*) Aquí detrás está su nombre y la fecha de la boda.

Gabriel.- ¡Entonces quieres acordarte!

Amanda.- ¡No! Sólo quiero que no se me olvide como se llama ese hijo de puta.

Fin de escena.

6. Presuntas consecuencias de la transferencia

Pablo y Gabriel

Pablo.- Hubo cosas que ella nunca supo.

Gabriel.- Eso es normal.

Pablo.- Ni siquiera supo mi nombre completo.

Gabriel.- ¿Cómo?

Pablo.- Me llamo Pablo Hernán.

Gabriel.- ¿Cómo?

Pablo.- Nunca supo.

Gabriel.- ¿Por qué?

Pablo.- ¿Quién quiere llamarse Hernán?

Gabriel.- ¿Nunca leyó tu acta de nacimiento?

Pablo.- Deja tú la de nacimiento. Nunca leyó el acta de matrimonio.

Gabriel.- Pero fueron 50 años.

Pablo.- Y ahora son 55, y no sabe cómo me llamo.

Gabriel.- ¿Vas a ir a verla?

Pablo.- No.

Gabriel.- Tal vez le sirva.

Pablo.- A mí no.

Gabriel.- Tal vez le sirva para recordar.

Pablo.- ¿Cómo funciona?

Gabriel.- ¿Su cerebro?

Pablo.- (*Ríe*) Eso no lo sabe ni Dios Padre. Los detalles de la transferencia.

Gabriel.- Los involucrados no se conocen, no se hablan, no saben nada el uno del otro. Están en diferentes habitaciones. Antes estaban en la misma, y era muy difícil que no se conocieran, pero ahora las instalaciones están mucho mejor.

Pablo.- Y la "ética" ha avanzado. Ahora ya intentan evitar que no se conozcan.

Gabriel.- A mí eso no me importa.

Pablo.- ¿Es tu mamá?

Gabriel.- Es mi mamá.

Silencio.

Pablo.- Imagínate que se equivocaran y que le pasara no nada más la enfermedad, sino cosas del carácter.

Gabriel.- (*Divertido*) No quiero ni imaginarlo.

Pablo.- Lo engreído, por ejemplo.

Gabriel.- O el talento.

Pablo.- No tiene chiste. Porque lo engreído se justifica en el talento. Lo divertido sería que nada más fuera lo engreído. Y entonces nadie sabría por qué, ese muchacho, de pronto, se vuelve engreído, si antes era muy buena persona.

Gabriel.- Tienes buena imaginación.

Pablo.- ¿Y qué tal que en un error de la enfermera, la transferencia fuera al revés?

Gabriel.- ¿Cómo?

Pablo.- Que el muchacho le pasara sus enfermedades a tu mamá.

Gabriel.- ¡Y que se volviera drogadicta!

Pablo.- ¡Y que se volviera homosexual!

Gabriel.- Eso no es una enfermedad.

Pablo.- Depende.

Gabriel.- ¿Qué dices?

Pablo.- Para lo que nos conviene, si tendría que ser una enfermedad.

Gabriel.- ¿Y qué nos conviene?

Pablo.- La ficción de la que estamos hablando.

Gabriel.- ¿Qué sabes tú de eso?

Pablo.- ¿De qué?

Gabriel.- De letras, de ficción.

Pablo.- Viví allí cincuenta años. ¿No crees que sé algo de eso? Imagínate que a sus ochenta años, tu mamá se volviera lesbiana. Que entrara la enfermera, y que de pronto le diera el tarascazo. La mordida a la nalga de la enfermera. Sobre todo si la enfermera es como las que están en las fantasías de todos nosotros.

Gabriel hace un esfuerzo por no reírse.

Pablo.- Y entonces se casaría con la enfermera, porque lo que sea de cada quién, tu mamá toca muy bien, y sólo con ese tarascazo enamoró a la enfermera para siempre. Incluso logró cambiarla de preferencia sexual. Y que tú y yo termináramos siendo los pajecitos de la boda de tu mamá con otra mujer. ¡Qué cosa tan hermosa, tan emocionante!

Gabriel no puede contenerse más, y suelta la carcajada. Pablo se contagia. De pronto, silencio.

Gabriel.- Eso es indignante.

Pablo.- Para ti. Para mí no. No es mi mamá.

Gabriel.- Lo de la transferencia, digo.

Pablo.- ¿Y qué? ¿Lo vas a dejar de hacer?

Gabriel.- No.

Pablo.- Entonces ya no tiene que resultar indignante, si no estás dispuesto a no hacerlo.

Gabriel.- Es mi mamá.

Pablo.- Por eso. Hazlo.

Gabriel.- *(A punto del llanto)* Tiene ochenta años. ¡Y busca no morirse! Eso no debe estar bien.

Pablo.- Tú le estás ayudando.

Gabriel. ¿Qué?

Pablo.- A no morirse, así que según tus propias palabras, eso no debe estar bien.

Gabriel.- Imagínate que encontráramos la inmortalidad.

Pablo.- Un domingo llegó a la casa un Testigo de Jehová, y me preguntó que si quería vivir para siempre. Le dije que no, que porque me iba a aburrir mucho yo sólo en el mundo. Era un chiste. No le gustó y se fue enojado.

Gabriel.- Por eso nos tenemos que morir.

Pablo.- Era un chiste, ¿eh?

Gabriel.- Me refiero a que la inmortalidad es inmoral.

Pablo.- Así como la transferencia.

Gabriel.- El muchachito va a recibir algo a cambio.

Pablo.- ¡Es inmoral!

Gabriel.- ¿Estás preocupado a tus 80 años por tu integridad moral?

Pablo.- A mis 80 años, lo único que me preocupa es no orinarme en los pantalones.

Gabriel.- Es una forma muy práctica de esconderse en los 80 años.

Pablo.- Como el Alzheimer de tu mamá.

Gabriel.- ¡Se va a morir!

Pablo.- ¡Yo también! ¡Y tú!... Aunque francamente espero que se muera ella primero...

Silencio.

Pablo.- Y como sé que nada de eso te convencerá, adelante con la dichosa transferencia.

Gabriel.- Tengo mucho miedo.

Pablo.- Es normal.

Gabriel.- Pero no tengo miedo a que se muera... sino a descubrir toda la mierda que hay allá dentro.

Pablo.- También es normal. Y me da gusto que tengas miedo.

Gabriel.- ¡Pero de todos modos lo voy a hacer!

Pablo.- Adelante.

Gabriel.- El proceso es muy exitoso. Niños con cáncer que les han pasado la enfermedad a adultos.

Pablo.- A adultos viejos.

Gabriel.- Y que tienen una vida por delante. ¿Te imaginas esa opción?

Pablo.- Opción que no está disponible para la seguridad social.

Gabriel.- ¿Y eso a mí qué me importa?

Pablo.- ¿Entonces por qué estás tratando de explicarme lo benévola que es la transferencia? Es una explicación que por cierto yo no te pedí. Niños que le pasaron su cáncer a ancianos, no ancianos que le pasan su Alzheimer a jóvenes de 25 años. Suena diferente, ¿no? El asunto es mucho más complejo que eso. ¿Cuánto derecho tiene un padre a morir viejo? ¿Es el mismo derecho que tiene el niño de 8 años con cáncer? Insistimos en moverle a la vida, y querer perfeccionarla con todas esas pendejadas de la ciencia.

Gabriel.- ¿De qué hablas?

Pablo.- Te voy a poner un caso hipotético: Antes de que existiera la transferencia, un niño de 8 años es diagnosticado con cáncer. El papá hará todo lo posible para salvarlo. Lo llevará al doctor, buscará los mejores tratamientos, se gastará todos sus ahorros, asistirá a terapias... Y siempre, en el más recóndito fondo de su corazón, tendrá la esperanza de que su hijo viva... Y él también. Después de la transferencia, un niño de 8 años es diagnosticado con cáncer. Las reglas de la ética, la moral, la transferencia y todas esas estupideces, dice que lo más viable, lo más fácil, es que el cáncer sea transferido al padre. Y siempre, en el más recóndito fondo de su corazón, tendrá la esperanza de salvarse él... O lo que es lo mismo, no tiene ninguna opción, y violenta la vida, porque ésta había decidido que él viviera, y que el niño de 8 años muriera... ¿No te parece horripilante?

Gabriel.- ¿Y si yo fuera ese niño?

Pablo.- Yo hubiera tenido dos opciones: Ser el peor padre del mundo, y morir; o ser el peor padre del mundo, y vivir.

Gabriel.- (*Afirma*) Tienes miedo a morirte...

Pablo.- Tengo pavor...

Fin de la escena

7. Motivos de divorcio

Amanda y Gabriel

Gabriel.- Mi papá tiene miedo.

Amanda.- ¿Quién?

Gabriel.- Mi papá.

Amanda.- ¿Por qué?

Gabriel.- Por ti.

Amanda.- ¿Él qué tiene que ver?

Gabriel.- Es tu esposo.

Amanda.- ¿Y dónde está?

Gabriel.- En su casa.

Amanda.- Entonces no tiene tanto miedo.

Gabriel.- No le veo la relación.

Amanda.- ¿Es medio cobarde? Si a la que van a picotear es a mi.

Gabriel.- Fueron 50 años.

Amanda.- ¿Y qué?

Gabriel.- Que en el fondo te quiere.

Amanda.- ¿Y qué?

Gabriel.- Eres como una pared.

Amanda.- ¿A qué le tiene miedo? ¿A venir a verme?

Gabriel.- A que te pase algo.

Amanda.- Ese es el problema. Ese es el origen de su mediocridad. Tener miedo a que te pase algo.

Gabriel.- No es a eso a lo que se refiere precisamente.

Amanda.- Nunca quería que pasara algo. No sigo casada con él, ¿verdad?

Gabriel.- ¡Se refiere a que te mueras!

Silencio.

Amanda.- ¿El tiene miedo a que me muera?

Gabriel.- ¿Por qué se separaron?

Amanda.- Entonces es mi ex-esposo.

Gabriel.- ¿No te acuerdas?

Amanda.- Me acuerdo perfectamente por qué nos separamos. (*Breve pausa*) ¿Tienes una foto de él?

Gabriel.- No.

Amanda.- Te puedes enterar de cosas que no quisieras.

Gabriel.- Eso déjame a mí.

Amanda.- Me dejó de gustar. Se acabó muy pronto la pasión.

Gabriel.- ¿Cuándo?

Amanda.- Hace un par de años.

Gabriel.- ¿Te duró 48 años la pasión?

Amanda.- Ya los últimos dos años no era lo mismo. Además el dinero no nos alcanzaba.

Gabriel.- Mamá, eras millonaria.

Amanda.- Bueno, déjame buscar el motivo. (*Breve pausa*) Lo hice a tiempo, porque la relación estaba a punto de ponerse violenta.

Gabriel.- ¿Cómo?

Amanda.- Violentísima.

Gabriel.- ¿Mi papá violento?

Amanda.- No sabes cuánto.

Gabriel.- No se pondría violento así le pasaras con cien hombres por delante.

Amanda.- ¡Por eso!

Gabriel.- ¿Por qué?

Amanda.- Porque no se hubiera puesto violento. Eso es algo que a mí me hubiera gustado.

Gabriel.- ¿Que te celara?

Amanda.- Por ejemplo. Pero no. Él estaba feliz así.

Gabriel.- ¿Le diste celos?

Amanda.- Tendría que ser natural.

Gabriel.- Tener celos no es natural.

Amanda.- ¡Si estás casado con una celebridad es natural que te den celos! ¿A poco no crees que Richard Burton no celaba a Elizabeth Taylor?

Gabriel.- ¿Y yo cómo voy a saber? Además él también era una celebridad, ¿no?

Amanda.- ¡Era perfecto! Y seguramente por eso lo dejaron.

Gabriel.- ¿Estás diciendo que...?

Amanda.- (*Interrumpe*) ¡Odio a los perfectos!

Gabriel.- ¿Mi papá era perfecto?

Amanda.- Una vez una mujer irlandesa esgrimió que Dios le había pedido que se divorciara.

Gabriel.- ¿No es pecado?

Amanda.- Y el juez le concedió el divorcio. Dijo que contra esa disposición no podía. El juez no era muy católico, pero la pareja sí. Él estaba destrozado, decía que la amaba. Ella también lloraba y le rogaba que entendiera que no podía ir contra los designios del Señor. El juez se enteró de toda la vida sexual de la pareja. Él le recordaba a ella algunas sesiones sexuales que le parecían pecaminosas, pero que juraba que no se había podido detener al practicarlas. Y ella lloraba cuando le decía: “tal vez fue por eso, tal vez fue por esto otro”. Al final, ella le dijo que había conocido a un hombre que necesitaba más compañía que su propio marido, y que fue por eso que Dios le pidió que se divorciara para casarse con ese hombre extraño que había tenido ocho hijos, y que todos los había perdido, uno a uno, en diversas circunstancias. El hombre estaba sólo, por eso ella tenía que hacer el sacrificio aquí en la tierra, para juntarse con su esposo de nuevo, seguramente y con la ayuda de ese Dios misericordioso, en el cielo. El juez casi llora. Ella le pidió al juez que hablara con el obispo de la ciudad, para que les anulara el matrimonio, pero el obispo, ¡Qué saben los obispos de amor!, se negó rotundamente.

Gabriel.- ¡No me importa!

Amanda.- Eso es lo que dijo ella. ¡No me importa! y se fue con el pobre hombre de los ocho hijos perdidos.

Gabriel.- ¡Esa historia, mamá, no me importa!

Amanda.- Podría alegar que los alienígenas me lo pidieron. Podría decir que fue una orden del presidente de la república... Pero en realidad, lo único que no me gustaba, es que él no fuera como yo quería. ¡Así de sencillo!

Gabriel.- ¡Qué estupidez!

Amanda.- ¡¿Te parece poco?! A mí me gusta que me hagan cariños. Él no me los hacía. A mí me gusta que me alaben mi comida, él nunca la alababa. A mí me gusta que me admiren, él no me admiraba.

Gabriel.- ¡Claro que sí!

Amanda.- ¿Me admiraba?

Gabriel.- Casi nunca cocinabas.

Amanda.- ¡Por eso!

Gabriel.- Esas cosas se sobreentienden.

Amanda.- ¿De qué lado estás?

Gabriel.- ¡Estoy en medio!

Amanda.- Por eso no entiendes...

Gabriel.- Ves más afuera que adentro.

Amanda.- ¿Cuántos años tienes?

Gabriel.- Mamá, por favor.

Amanda.- ¿Cincuenta? ¿Sesenta?

Gabriel.- ¡Treinta y ocho!

Amanda.- No tienes tú la culpa, es la edad.

Amanda saca un cigarro electrónico.

Gabriel.- ¿Qué es eso?

Amanda.- ¿No los conoces?

Gabriel.- ¿Desde cuando?

Amanda.- Desde que me liberé.

Gabriel.- ¿De qué te liberaste?

Amanda.- ¡Cómo regresar a tu pitbull a su madriguera!

Breve pausa. Ella saca un líquido que le pone al cigarro electrónico.

Gabriel.- En fin, esto no tiene remedio.

Amanda.- ¿Qué? ¿Mi enfermedad?

Gabriel.- Tu forma de ser.

Amanda.- Así es. Ni modo. Pero mi enfermedad sí, ¿verdad?

Gabriel.- Eso es una enfermedad.

Amanda.- ¡Estoy hablando de cosas importantes! (*Breve pausa*) Una de las ventajas de tener esta enfermedad es que se me olvida cómo se llama.

Gabriel.- Todo está listo para la transferencia.

Amanda.- ¿Cuándo?

Gabriel.- Tal vez el fin de semana.

Amanda.- Muy bien. Dale besos a ese viejo ingrato.

Gabriel.- De tu parte.

Amanda le da una bocanada al cigarro electrónico. Gabriel camina hacia la puerta. Se detiene antes de salir.

Gabriel.- (*Incrédulo*) Huele a mariguana.

Amanda.- ¿Y? ¿No irás a tener miedo de que se me destruyan unas cuantas neuronas?

Gabriel.- ¿Es tu cigarro electrónico?

Amanda.- La modernidad nos alcanza.

Gabriel va a decir algo, pero se detiene.

Gabriel.- Buenas noches.

Sale.

Fin de la escena

8. Svalbard

Pablo y Gabriel

Pablo.- A mí lo único que me faltó para ser escritor, y ser mejor que tu mamá, es la disciplina.

Gabriel.- Está lista.

Pablo.- ¿Para morirse?

Gabriel.- No, para eso nunca. Cree que es inmortal. Y no es metáfora.

Pablo.- Pero tú le estás ayudando.

Gabriel.- Y a veces me da un poquito de arrepentimiento.

Pablo.- Es tu obligación.

Gabriel.- Las cosas por obligación terminan siendo horripilantes.

Pablo.- Y yo hubiera escrito libros interesantes. No para bobos.

Gabriel.- Cómo regresar tu pitbull a su madriguera.

Pablo.- ¿En cuantos pasos?

Gabriel.- Ahora fuma marihuana.

Pablo.- ¿Yo?

Gabriel.- Ella.

Pausa. Risa paulatina de Pablo.

Gabriel.- Electrónica.

Ataque de risa de Pablo. Cesa paulatinamente.

Pablo.- ¿Qué posibilidad hay de que viva?

Silencio incómodo. A Gabriel le cuesta trabajo soltar la palabra.

Gabriel.- Muchas.

Silencio. Nuevo ataque de risa de ambos.

Gabriel.- Olvídala.

Pablo.- Entonces tendrían que hacerme la transferencia a mí.

Gabriel.- Bueno, por lo menos perdónala.

Pablo.- No me puedo quejar. La paso bien. Estoy tranquilo. Pero yo quería morirme al lado de alguien.

Gabriel.- Tienes manera.

Pablo.- Al lado de ella. Es cuestión de hacerme a la idea. Pero esto del Alzheimer vino a recordar todo.

Pausa.

Gabriel.- En fin, ¿quieres estar?

Pablo.- ¿Dónde?

Gabriel.- Cuando la transfieran.

Pablo.- ¿Yo?

Gabriel.- ¿Quién más?

Pablo.- ¿Y por qué yo?

Gabriel.- ¿Quién más?

Pablo.- ¡Tú!

Gabriel.- Eso ya lo sé.

Pablo.- ¿Entonces?

Gabriel.- ¿Te da miedo?

Pablo.- ¡No!

Gabriel.- ¿Has pensado que el divorcio te lo pidió a raíz de que empezó su enfermedad?

Pablo.- Eso fue hace casi 10 años.

Gabriel.- La enfermedad no se presenta de un día para otro.

Pablo.- ¿Quieres decir que en realidad no quería divorciarse?

Gabriel.- Quiero decir que cualquier cosa pudo pasar, y tal vez no tiene nada que ver con el desamor.

Pablo.- ¡Por Dios!

Gabriel.- Haz cuentas.

Pablo.- ¿De qué?

Gabriel.- Lo que tu ves como desamor, puede ser Alzheimer.

Pablo.- ¡Qué manera tan sofisticada de llamarlo!

Gabriel.- Piénsalo.

Pablo.- Ya lo pensé bien. Me voy.

Gabriel.- ¿Te vas?

Pablo.- Sí, me voy.

Gabriel.- ¿A dónde vas?

Pablo.- A las Islas Svalbard.

Gabriel.- (*Breve pausa*) ¿Decir a las islas... qué?

Pablo.- Svalbard.

Gabriel.- ¿Decir a las Islas Svalbard es como decir que te vas a dónde sea?

Pablo.- No a donde sea. A las Islas Svalbard.

Gabriel.- ¿Es como decir “me voy muy lejos de aquí”?

Pablo.- Están muy lejos de aquí, pero es como decir: “me voy a las Islas Svalbard”.

Gabriel.- Ah... (*Breve pausa*) ¿Y dónde está eso?

Pablo.- Como a unos 18 horas de aquí... En avión.

Gabriel.- ¿Estás bromeando?

Pablo.- No.

Gabriel.- ¿Qué vas a a hacer allí?

Pablo.- Ver osos polares.

Gabriel.- ¿Vas a viajar 18 horas en avión para ver osos polares?

Pablo.- Qué cosa, ¿no? Pudiéndolos ver en San Diego.

Gabriel.- Pudiendo no verlos nunca.

Pablo.- Dicen que las Islas Svalbard son de las más frías del mundo. El frío ayuda a imaginar. Quiero ponerme tal cantidad de ropa, que apenas pueda moverme. Quiero extrañar el calor de un cuerpo junto a mí... Porque ni siquiera nostalgia tengo de eso. Pero seguramente a menos veinte grados centígrados voy a extrañar a tu mamá. Así, en silencio total. Ella calladita, con un pescado frío entre los dientes, esperando la aurora boreal. Y entonces, allí, en esas Islas, estoy seguro que descubriré el amor. El que provoca la leja-

nía. Allí, entre pingüinos zambos y narices coloradas, entenderé lo mucho que me hace falta. Dicen que en las Islas Svalbard no hay cocuyos. Dicen que si hubiera, se habrían congelado. ¿Y sabes qué? A lo mejor no vuelvo, porque tengo la intención de correr desnudo por las calles, en la madrugada, para que nadie me vea. Y eso, a mí edad, me va a provocar una pulmonía. Antes me voy a echar un trago de aguardiente, o bacanora, para aguantar un poquito más, para sentir el pecho ardiendo de frío. Y entonces habrá valido la pena esos 50 años de frío calentito que pasé con esa vieja horrenda que da consejos de cómo ser feliz. ¿Sabes una cosa? No hay chingadera más terrible que el frío calentito. En las Islas Svalbard voy a poder ir a un bar, y sentarme en la barra, como si fuera un aventurero al que no lo detiene ni la curva del fin del mundo. Allí voy a poder cruzar unas cuantas palabras con un cantinero que me va a hablar de que a él le gustaría ser como yo, pero que no tuvo los güevos para hacerlo. El lugar va a ser más sórdido que las madrugadas de Svalbard, y es allí donde me voy a dar cuenta que la sordidez de mi vida es una pulga a un lado de ese pobre cantinero que a sus 50 años ya está listo para morirse, que es diferente a irse a la chingada. Me va a hablar de su mujer, y de que cuánto le gustaría encontrarle un hombre que se la llevara. A lo mejor así todos son felices. Me va a enseñar una foto. Es una mujer de 45 años, rubia, de ojos azules grandes, pero que se le esconden en su aburrimiento. Me va a preguntar que cómo la veo, y sin decirlo directamente, me la va a ofrecer para que me la lleve. Cantinero, ¿tienes una amante? Pero él no quiere tener una amante. Con esos fríos a veces no se antoja tener amantes. Con ese frío es suficiente que dos cuerpos se junten, y se queden quietos, ciegos en esa madrugada que muchas veces no deja dormir. ¿Y si hacemos un intercambio, señor Cantinero? Yo me llevo a la güera aburrida de ojos grandes, y te dejo a una gran escritora del siglo XXI, con un futuro envidiable, porque después de una pequeña transferencia, va a vivir prácticamente para siempre. Ella no te va a exigir mucho, sólo que la idolatres todo el día. Sexo prácticamente nunca, pero sí un cuerpo calentito. ¿Y si probamos, amigo Cantinero? Sólo tienes que escuchar sus largos capítulos de superación personal. Tal vez te saquen de esa depresión en la que las tardes de Svalbard te meten. Y al cantinero le va a encantar la idea, pero primero, para ser justos, porque los Svalbardanos son así, va a querer que conozca a su mujer, que platique con ella, que intimemos... ¿A cambio de que conozcas a la mía? ¿Hay truco en esto? No no no no no, me va a decir el cantinero. Me convenciste. Yo pago sin ver. ¡Piénsalo, amigo Cantinero! Veámonos mañana a la misma hora aquí, para afinar detalles. Si para entonces estás arrepentido, no te lo voy a tomar a mal. Es más, lo voy a entender más que bien. Pero una vez dando el paso definitivo, no hay marcha atrás. Al cantinero le ha cambiado el rostro. Ahora sonrío de un sólo lado, como si la otra parte de la cara se le hubiera endurecido por los menos veinte grados centígrados. Voy a salir del lugar, voy a desamarrar mi oso polar, y lo voy a montar, para ir a darle calor a ese cuerpo inerte, porque es necesario conservarlo para hacer feliz a un cantinero. Siempre pienso que todos en este mundo tenemos la capacidad de hacer feliz a alguien. Los peores villanos de la historia hicieron feliz a alguien: Hitler hizo feliz a alguien, Villa, Mussolini, tu mamá... Y no estoy hablando de ningún lector... Hablo de los que los rodearon. A mí me hizo feliz, aunque su método haya sido el más cabrón del mundo. Por eso quiero ir a Svalbard, para poner las cosas en su lugar. ¿Y sabes cuáles son los sueños más bonitos

que he tenido últimamente? Que voy en el avión, llegando a las Islas, y que desde arriba veo la grandeza del hielo, del campo blanco, y lo confundo con un cielo que a estas alturas ya no sé si existe. ¿verdad que dan ganas de no regresar?

Gabriel.- Pero ahora ya no estás con ella.

Pablo.- Si la dejo en Svalbard, entonces sí no voy a estar con ella. Y ya estaremos en condiciones de que tú también te vayas a Svalbard. Porque te pareces demasiado a ella. Tal vez allá puedas encontrar una poca de contra-miseria. Porque tu vida es miserable, y luego nos morimos y no nos damos cuenta de que nuestra vida fue miserable. Yo no sé cuánto tiempo me quede, pero si me quedan tres años, o seis meses, o quince minutos, los voy a vivir contra-miseria. Pero si la técnica de la transferencia sigue avanzando, y con el dinero que puedas conseguir de tu mamá, tal vez vivas 120 años, ó 150. ¡Imagínate vivir así de miserable todo ese tiempo! ¡Mejor morirse!

Breve pausa.

Pablo.- Ya sabes ahora mi gran secreto. A nadie le importa. Sólo a mí. Ni a ti ni a ella.

Gabriel.- Despidete.

Pablo.- ¿Es un ruego?

Gabriel.- Es una orden.

Pablo.- Muy bien. Esto va a hacer lo último que te conceda.

Gabriel.- *(Al borde del llanto)* Gracias...

Breve pausa. Pablo camina hacia la salida. Se detiene ante el siguiente parlamento de Gabriel.

Gabriel.- ¿Qué idioma hablan en Svalbard?

Pablo lo ve con ternura. Sale. Gabriel llora.

9. Síndrome de Wornack

Pablo y Amanda

Amanda.- Sé que nunca leíste uno de mis libros. Sé que te fuiste mucho antes de que yo me lo mereciera. Así que no sé qué es lo que vienes a hacer aquí.

Pablo.- Vengo a despedirme.

Amanda.- ¿A dónde vas?

Pablo.- ¿Quieres saber?

Amanda.- No. Me da lo mismo.

Pablo.- Deberías de venir conmigo.

Amanda.- Estoy enferma.

Pablo.- A lo mejor te alivias.

Amanda.- ¡Irás al paraíso! Y allí es al único lugar al que no voy a ir yo.

Pablo.- De acuerdísimo contigo.

Amanda.-...

Pablo.- Voy a un lugar en el que no hay carne estresada.

Amanda.- ¿Cómo?

Pablo.- ¿Te acuerdas que te hiciste vegetariana porque no te gustaba comer carne estresada? Al lugar al que voy no hay carne estresada.

Amanda.- ¡Qué tontería!

Pablo.- Hay un lugar en el que a los pollos y a las reses, antes de matarlas, les ponen música clásica para que se relajen, y las matan de un sólo golpe y por la espalda para que no se den cuenta de que van a morir, y así la carne no está estresada.

Amanda.- ¿Qué lugar es ese?

Pablo.- Fíjate qué curioso. Ahora resulta que matar por la espalda es un acto de misericordia.

Amanda.- Ningún matar puede ser...

Pablo.- (*Interrumpe*) A lo mejor les leen un capítulo de tu libro para relajarlas. Tienes uno en el que enseñas a respirar, ¿no? ¿Ya ves que sí te he leído?

Amanda.- ¿Viniste hasta acá a burlarte de mí?

Pablo.- ¿Cuándo dices “viniste hasta acá” te refieres a nuestros 80 años? ¿O es literal?

Amanda.- ¿Qué quieres?

Pablo.- Voy a las Islas Svalbard.

Amanda.- ¿A dónde?

Pablo.- Svalbard.

Amanda.- ¡Eso no existe!

Pablo.- Lo mejor de Svalbard son sus madrugadas.

Amanda.- ¡A ti sí te afectaron los 80 años!

Pablo.- Ven conmigo.

Amanda.- ¿A dónde?

Pablo.- A Svalbard.

Amanda.- ¡Vete al diablo!

Pablo.- (*Neutro*) Sin ti el plan se viene abajo.

Amanda.- ¿Qué plan?

Pablo.- Es una sorpresa.

Amanda.- ¿Dónde está eso?

Pablo.- Del otro lado del mundo. A 18 horas de aquí en avión.

Amanda.- ¿Se te olvida que tienes 80 años?

Pablo.- Los mismos que tú.

Amanda.- Estoy enferma.

Pablo.- ¿Cuándo a la poderosa Amanda la ha detenido una gripe?

Amanda.- Esto no es una gripe.

Pablo.- Puede ser que allá podamos cumplir tu última voluntad.

Amanda.- ¡Tú ni siquiera te imaginas cuál es mi última voluntad!

Pablo.- Tendremos tiempo de platicar mientras llegamos a Svalbard.

Amanda.- ¡Lárgate!

Pablo.- (*Sin moverse*) Eso voy a hacer.

Breve pausa.

Amanda.- Mañana me hacen la transferencia.

Pablo.- Te veo muy bien.

Amanda.- No estoy bien.

Pablo.- Tu Alzheimer tiene demasiada luz.

Amanda.- No tengo Alzheimer.

Breve pausa.

Pablo.- (*Caminando hacia la salida*) No tienes llenadera.

Amanda.- ¡Tengo la enfermedad de Wornack!

Breve pausa.

Pablo.- ¿Qué es eso?

Amanda.- Como el Alzheimer, degenera el cerebro.

Breve pausa.

Pablo.- Suena chistoso.

Amanda.- ¿Qué?

Pablo.- Que tu cerebro esté degenerado.

Amanda.- La enfermedad acaba con ciertos lóbulos cerebrales... Y tarde o temprano, dejaré de sentir.

Pablo.- O te darás cuenta de que ya no sientes, porque hace mucho...

Amanda.- (*Interrumpe*) ¡No estoy jugando! (*Breve pausa*) Si no me hacen la transferencia, es cuestión de un mes, la enfermedad se come el lóbulo frontal, y equivale a una lobotomía.

Pablo.- ¿Qué es eso?

Amanda.- La capacidad de no tener ninguna clase de sentimiento... Incluido el miedo.

Pablo.- ¿Cómo?

Amanda.- El miedo es uno de los sentimientos más terribles, pero más necesarios. Necesito sentir miedo para sobrevivir.

Pablo.- Amanda, esto es en serio... ¿De verdad has sentido alguna vez miedo? Me refiero a tu etapa adulta.

Amanda.- Más veces de lo que tú crees. Pero ese no es el caso.

Pablo.- Amanda...

Amanda.- (*interrumpe*) ¡Déjame hablar! (*Breve pausa*) Los doctores no están muy convencidos de que el síndrome de Wornack se pueda transferir. Van a documentar toda mi transferencia, y así podrán saber qué hacer con ese tipo de enfermedades. ¡Y me da terror que las cosas me den igual. Me da terror que no me importe ser conejillo de indias. Me da igual que tú te vayas a esas islas que dices, o que Gabriel se muera. Así de terrible es esta enfermedad. En estas listitas ridículas que hacemos los viejos para documentar lo que nos gustaría hacer antes de morirnos, yo había puesto el cometer un delito. A Gabriel le extrañó muchísimo. ¿Sabes por qué quería cometer un delito? Porque me consuelo pensando que cuando la enfermedad me coma el cerebro, no me va a importar lo que me pase. Así que ni cómo deprimirse en una cárcel, o sufrir porque está uno rodeado de delincuentes. He pensado incluso que el síndrome de Wornack es como el paraíso. Estar allí, con la capacidad de observar, esperando indiferente eso que a todo el mundo aterriza y que se llama muerte. Pero mañana por la tarde saldremos de la duda. ¿Y sabes qué? Después de la transferencia, entonces sí nos vamos a...

Pablo.- ... Svalbard.

Amanda.- ¿Dónde dices que está?

Pablo.- Si la transferencia fracasa, no quiero que vayas conmigo.

Amanda.- ¿Por qué?

Pablo.- Porque no tiene caso que no sientas. Para ir conmigo a Svalbard hay que ser capaz de removerse las entrañas...

Breve pausa. Después, Amanda enfurecida.

Amanda.- ¡¿Quién te crees que eres?! ¡Imbécil! ¡A mí no me vas a tratar así! ¡Eres la mediocridad andando y ahora me vienes a decir como tengo que vivir la vida! ¡A los 80 años vienes a reconsiderar cómo has vivido! ¡Eres un viejo ridículo que quiere empezar a vivir la vida a estas alturas! ¡Lárgate de aquí! ¡No te quiero ver en mi vida! ¡Ojalá y te mueras en tu islita inmunda! ¡Largo!

Pausa. Ambos se quedan inmóviles.

Pablo.- ¡Qué energía!

Breve pausa.

Pablo.- Te espero. Quiero que vayas conmigo a Svalbard. A esperar una sola madrugada. Después ya nos podemos morir.

Amanda.- (*Llorando*) Perdón...

Pablo.- ¿Eres capaz de pedir perdón?

Amanda.- Soy capaz de muchas cosas. Lo único que no voy a permitir, es morirme. (*Se seca las lágrimas, se recompone el pelo*) Por favor... También sé pedir favores... Por favor espera a que pase la transferencia. Después tomas una decisión.

Pablo.- Sería la primera vez que yo tomaría una decisión sobre ti.

Amanda.- Siempre hay una primera vez.

Pablo.- Siempre. Sobre todo cuando uno comprende que el color blanco de la gloria, tiene que ver con la frialdad, que a su vez tiene que ver con la protección... ¡con tu protección!

Pausa.

Amanda.- ¿Entonces?

Pablo.- Te voy a esperar. Esa es mi decisión. Pase lo que pase con tu transferencia, te espero para ir a Svalbard.

Amanda.- Gracias...

Pablo se acerca a ella. Le da un abrazo. Ella lo acepta. Se separan. Él camina hacia la puerta.

Pablo.- Le voy a avisar a Gabriel que venga. (*Se detiene en la puerta*) Incluso si te mueres, vamos a ir a Svalbard.

Sale. Ella se queda llorando, hasta hacerse el

Oscuro Final

Tijuana, B.C. 11 de noviembre de 2014